

Añoranzas. Mi escuela

Perfecto Pereiro Lázara



Añorar es echar en falta y también recordar con melancolía algo o a alguien a quien se ha querido. En la añoranza entran, por ello, los sentimientos, no solo los recuerdos. Añorar es, por tanto, más profundo que el mero evocar; es revivir tristezas por las cosas que echamos en falta, pero también es recordar los buenos momentos, las alegrías que hemos vivido en otras épocas.

Desde este punto de vista, cada vez que miro y remiro esta fotografía en blanco y negro en la que se muestra un grupo de veinticinco alumnos del curso 1948-49 de la Escuela Nacional de Silleda (Pontevedra), una pequeña villa de la Galicia interior, dirigida por el Maestro D. José Soto, puedo decir que siento añoranza.

Entre esa imagen y el día de hoy, han pasado setenta años, nada más. Sí, nada más. Todo, la escuela, el maestro, los compañeros, los recuerdos, ese destartalado rincón del patio (lugar de la foto), sigue cercano y presente.

Desde entonces, quien esto escribe, el primero sentado a la izquierda y uno de los más pequeños del grupo, ha dedicado cuarenta años de su vida a la enseñanza, lejos de esa escuela, lejos de Galicia, pero con el corazón siempre cercano a ese grupo, con el agradecimiento a esa escuela y a esa villa donde recibió el bautismo de las primeras letras.

Al contemplar esta fotografía, de la que recuerdo a todos y cada uno de los componentes por sus nombres de pila y apodos correspondientes, me surgen una serie de evocaciones de la infancia vivida en esa lejana y difícil época.

Los alumnos éramos todos vecinos de la villa o de las aldeas de los alrededores. De ese grupo escolar, de edades comprendidas entre los cinco y los quince años (faltan algunos), la gran mayoría solo realizaron los estudios obligatorios; cuatro estudiaron Bachillerato y solamente uno realizó estudios universitarios. Eran tiempos en los que estudiar era una obligación necesaria, pero realizar el Bachillerato o una licenciatura era lujo o una inversión prohibitiva para muchas familias.

El atuendo, tal como se ve en la fotografía, era el de la calle, reflejo de la sociedad y de la época. No había uniforme alguno, ni *babis*.

El edificio de la escuela, que había sido construido a comienzos de los años treinta del siglo pasado, era magnífico, grande, clásico, de sillares de granito y ubicado en pleno centro de la villa. Hoy, esa magnífica fachada sigue intacta, pero el interior, (aulas y viviendas), junto a los espacios del jardín y patio posteriores, tras una reforma profunda, está dedicado a biblioteca.

En la planta baja se ubicaban los locales de las escuelas y en los pisos superiores, sobre cada uno de los respectivos locales escolares, estaban las viviendas para los maestros. El acceso a estas era a través de una gran puerta central, con arco, de la que partía una escalera señorial, con pasamanos, que se bifurcaba antes de llegar a cada planta.

En el amplio *hall*, repleto de colgadores, había un pequeño cuarto-almacén para material escolar. Los locales escolares eran idénticos en tamaño y distribución. A la derecha, tres amplias ventanas y una puerta, que daban al jardín, iluminaban la estancia.

El aula era rectangular, luminosa y amplia. Y muy fría en invierno. La única fuente de calor era, a veces, un brasero de uso doméstico, junto a la mesa del profesor, donde nos calentábamos las manos. ¡Dichosos sabañones!

Alineados de manera simétrica, había pupitres dobles para los mayores y mesas un poco más bajas, con cuatro sillas, para los pequeños.

Presidía la escuela, la mesa del profesor, siempre repleta de libretas y cuadernos que se apilaban junto al globo terráqueo y, a su lado, las temibles varas de madera que tenían la doble función “didáctica” de punteros e instrumentos de castigo físico. Aquella esfera terrestre, sin una costura, sin una arruga y de colores era una obsesión para mí: era el balón perfecto. Sobre la blanca pared, en todo lo alto, un crucifijo junto a una foto oficial de Franco, un enorme mapamundi y un mapa de España.

Una enorme pizarra negra, de la que colgaban una regla de madera larga, un compás de gran tamaño con la punta acerada y un borrador atado a un larguísimo cordel, ocupaban la pared opuesta al fondo de la escuela.

El material escolar propio lo llevábamos en una cartera de madera, cuero o cartón. En su interior, junto a un libro de lectura, estaba la enciclopedia correspondiente, los cuadernos, lápiz, pluma y no faltaba la pizarra con sus pizarrillos. ¿Quién no recuerda las gomas Milán, de colores o aquella doble blanca y negra para tinta y lápiz? ¿Y la famosa tinta Pelikán o los secantes?

El horario escolar, de jornada partida, era de 10 a 13 horas por la mañana y de 15 a 17 por la tarde.

La disciplinada entrada se producía, desde la calle, al son de himnos marciales con letras ininteligibles y formados “modo militar”, en filas de menor a mayor. ¡Firmeeeees... ar!, ¡cubriiiiiirsee... ar! Cuando el maestro entonaba *Prietas las filas, recias marciales, nuestras escuadras van...*, la fila comenzaba a andar hacia el interior. A medida que entrábamos, nos íbamos colocando cada uno frente al respectivo asiento y, cuando la canción finalizaba, el maestro dirigía la oración con la que comenzaba la clase.

En el patio posterior de la escuela, había un jardín con plantas, flores y un pozo, además de los aseos. Como allí no había capacidad para jugar, los recreos se hacían en la calle. Allí, se realizaban los juegos o bien sobre la ancha acera o sobre la carretera general (N525), cuyo escaso tráfico y su piso asfaltado nos servía de polideportivo.

Por supuesto, las clases eran todas en castellano. En la escuela estaba terminantemente prohibido hablar o escribir en gallego. ¡O tempora, o mores!

Aquella escuela, muy marcada por la política de la época, no tenía ningún programa pedagógico renovador. Se enseñaba al modo tradicional y se aprendía cantando, repitiendo, memorizando (a veces con castigos físicos), ya que, salvo los libros, la pizarra o los mapas, no disponía de medios materiales.

Añoro esa escuela, porque a pesar de sus carencias, que eran muy grandes, y la carga ideológica que no percibíamos, nos preparó para el trabajo y el estudio, por medio del esfuerzo personal, la disciplina y la obediencia. La recuerdo como un lugar de trabajo y también de ocio, a la que asistíamos con alegría y donde los más pequeños teníamos ganas de aprender, de jugar, de vivir, de imitar a los mayores -que siempre nos ayudaban- y, cómo no, de crecer.

A mí, en una época histórica de dificultades y carencias, aquellos cinco años de estancia en la escuela primaria, que me iniciaron en el mundo del estudio, de la amistad, del trabajo, del respeto y del compañerismo, esos años de aprendizaje en convivencia, sin duda, marcaron mi vida. Fue una etapa entrañable, una experiencia única por el amor y la dedicación que ponían en ella los maestros que me tocó en suerte disfrutar, sobre todo aquella *maestra de maestras*, la irrepetible D^a Rolindes Rodríguez que, en sus clases vespertinas-particulares y de pago, con su cariño, su entrega, nos abrió el camino del instituto y de la universidad y nos lanzó a un mundo nuevo, lleno de sueños y proyectos.